

## UN TEMA DOMESTICO

**S**E está diluyendo definitivamente un sistema de vida que comportaba el auxilio de servidores; la sociedad familiar parasitaria del siglo pasado ha perdurado hasta hoy; pero ya se acaba. No vamos a determinar si aquellas estructuras eran válidas. Una familia se componía de sus elementos naturales más el aditamento de una serie de sirvientes que eran "como de la familia", algunos de ellos con mayor motivo que los allegados por la sangre. Esto se ha acabado, se acaba ya...

Ahora, una familia es un conjunto de seres ligados por la sangre, a los que une el servicio de los electrodomésticos. Aún quedan residuos de la antigua organización. En la Contribución sobre la Renta no se apuntan como una gabela los servidores de una familia hasta el número de tres. No grava el impuesto sobre la Renta el hecho de tener en casa, para nuestro servicio, a una cocinera y una camarera. Naturalmente que hay algunas familias que se sirven de muchos más elementos de servicio. Pero estas familias son ya como reliquias de tiempos pasados. Los potentados que puedan tener a su servicio más de dos servidores pagan por ello —o debieran pagar, según la ley— su tributo al fisco. Ello comporta la idea social de que, tener más de dos servidores es, en cierto modo, infringir la ley natural. La casuística que permite al Estado determinar que sea moral tener dos servidores y no tres, por ejemplo, es un poco misteriosa. Nos parecería normal que el Estado considerara una anomalía o un lujo tener servidores de cualquier clase y en cualquier número. Pero en la componenda entre la estimulación legal y la realidad, el impuesto de lujo se ha quedado en la cifra del número par.

Esos dos servidores que se nos permiten están, empero, en la realidad, pendientes de un hilo. La vorágine de la oferta y la demanda hace que estos servidores estén siempre en las casas como en período de interinidad. No son ya aquellas sólidas fortalezas que envejecían en los hogares, que se incrustaban en la realidad social del hogar como se inserta un molusco en las ánforas griegas, que los submarinistas repescan hoy en sus zambullidas. Millares de seres humanos quedaban mezclados a una materia ajena a ellos, por la simple virtud y el vaivén de un profundo oleaje, capaz de erosionar la arcilla con la cal, o con la palpación biológica de los crustáceos. Así se establecía, también, la simbiosis de los sirvientes con la rocalla familiar, en otros tiempos. En el día de hoy los dos sirvientes que legalmente han sobrevivido a la total dispersión social de aquellos mecanismos familiares vuelan, con relación a la familia, en el aire exterior y pueden elegir de un minuto a otro entre volar a la cápsula o segregarse de ella. En realidad, esperan la ocasión de huir.

Quizá por ello, a una generación de jefes de familia a los que nunca se le han dado tantas facilidades para prescindir y organizar un hogar, les caiga el castigo de escuchar ahora ininterrumpidamente el ritornello más vulgar de la conversación casera: el tema de las criadas. A la hora de tomarse con unas amigas un café con leche, con pastas en la brasserie convenida, la reunión social deriva en seguida a los términos de una pugna casera. Da una cierta grima ver a señoras que se han puesto el sombrero para tomar el té, abordar en términos iracundos la cuestión del servicio; y que los personajes ideales del debate sean una cierta Petra o una indefinida Sofía, que amenazan con nacionalizarse australianas o marcharse a Londres o al Perú.

Lo cierto es que estas damas desprevénidas, no han advertido más que muy tarde el ineluctable signo de la época. Y es que, con el auxilio de la corriente eléctrica y de los establecimientos especializados, ninguna de ellas tendrá en adelante la misión del grito y de la impertinencia, respecto a unos seres contratados de palabra, o "apalabrados", para que planchen las camisas, frieguen el suelo o echen los garbanzos al agua un par de horas antes de comer.

El signo de nuestro tiempo es que, con el auxilio de las máquinas y la simplificación de los plásticos, cada cual se apaña como pueda. La criada analfabeta, diva de patio interior y con novio en la milicia ha dejado de existir. La elevación del nivel cultural y de vida ha hecho de esos personajes elementos diplomados en artes domésticas y elementos sociables y de interés comunitario. Es ya imposible patentarlas como si fueran un objeto útil.

De modo que lo único que va quedando de las criadas, es la conversación de las señoras. Pronto ellas serán como un objeto de la arqueología, sólo debatido por los eruditos. Pero los eruditos de este caso, o sea las señoras, hablan de ellas con cierta desesperación o rencor. Muchas señoras no tienen la agilidad mental o cordial suficiente para concluir que lo que debieran hacer es aceptar dócilmente la conclusión de un caso y callarse. En vez de ello, y sin darse cuenta de la enorme suerte que han tenido hasta hoy, increpan a los elementos de esa prolongada servidumbre humana y se dan a los diablos a cuenta de ellos.

Tal vez una nueva promoción de jóvenes damas, decida en el futuro arrumbar con tantos prejuicios antiguos. Quizá un progresismo femenino esperanzador elimine de los hogares no sólo la presencia de las criadas, sino hasta su recuerdo y el comodín que significan en la conversación. Tal vez esa nueva promoción de ágiles atletas mentales consiga, además, simplificar las circunstancias domésticas, en el sentido de eliminar de los hogares todo lo que el tiempo ha hecho inservible y que se guarda por rutina celosamente en el fondo de los armarios. Los gajes de la simplificación en la vida moderna aconsejan, junto a las criadas, eliminar el fondo de los bailes, el vestido que ya no se aprovecha no se lleva, aquel recodo de armario con residuos inútiles de otros tiempos; en fin, toda esa jurisprudencia del vestido o de las mantelerías que debiera ser suplantado y echado a la basura a intervalos regulares.

Pero, ¿qué harían muchas mujeres de hoy si no pudieran atender y coleccionar los restos de su propia historia o pelear con la criada? La formación de nuestras mujeres ha sido hecha sobre la base de que, ser ama de casa, consiste en conservar a ultranza, y vociferar sobre los pequeños detalles. Elevar a la mujer de ese nivel usual es una ardua tarea, para lo que el temperamento de un mister Higgins, no sería válido. Se puede fonetizar a una florista del Soho, pero, ¿existe un Pigmalión capaz de inducir a la señora Manuela o a doña Perfecta a aligerar su mente y su casa?

Tal vez ello pertenezca a los secretos de una realidad más honda de la estructura femenina. La naturaleza de la mujer, por lo menos hasta hoy, lleva implícita la presunción de que el objetivo de su vida es la maternidad y el hogar. Disuadirlas de este simple empeño de raíz es empresa titánica. Esa calidad de pura hembra —hablamos en términos generales, porque afortunadamente hay excepciones— que las hace coincidentes con las de cualquier otra especie animal, difícilmente será suplantada por las consideraciones raciales que brinda la sociología. ¿Hasta qué punto la mujer se emancipará de ese destino biológico, que la ata a la servidumbre más elemental? ¿Le interesa a ella?

Sólo una nueva y radical educación pueden formar a la mujer para otros menesteres que los de la maternidad y del hogar, que no fueran incompatibles con ninguna de esas graves misiones. Pero está por ver, todavía, cuál es esa nueva educación y cuáles serían sus resultados. A este respecto hay un documento excepcional que nos induce a reflexionar.

### la felicidad va descalza

El libro de Betty Friedan, "La mística de la feminidad", nos llena de perplejidad y de temores. Según la escritora americana, las facilidades que la técnica moderna ha dado a la mujer para resolver los problemas prácticos de su hogar, no ha hecho más que acrecentar los rasgos del "problema que no tiene nombre", que es el de "una sorda desesperación desconocida". La mitad de la población femenina de las ciudades norteamericanas, está sometida a un "autodescontento" terrible. Esas mujeres que "lo tienen todo" están descontentas de todo. La publicidad las ha abrumado y están sometidas al dios de la publicidad. El ocio las angustia y se encuentran en la vida ante un vacío, o con molestias propias de una crisis de crecimiento. No tienen la sensación de servir para algo, sino que las ventajas de la comodidad las han persuadido de su propia incapacidad para todo.

La técnica ha aliviado los problemas prácticos de la administración del hogar, pero el vacío que ello ha producido en la mujer no lo ha llenado otra cosa alguna. La mujer ha sido arrancada del hogar por los electrodomésticos, pero entonces ella se ha encontrado en mitad de la calle y sin saber qué hacer. Porque los electrodomésticos no eran la felicidad, como dicen los "slogans" publicitarios, sino solamente el "confort". La felicidad es otra cosa, patrimonio del espíritu. Y como decía a este propósito una ilustre escritora, la felicidad no va en zapatillas, sino descalza.